

Francisco Morales Lomas

# Cautivo



Francisco Morales Lomas

© Francisco Morales Lomas, 2014  
© Editorial Nazarí, 2014  
Calle Ismail, 39  
18013 Granada, España  
www.editorialnazari.com  
info@editorialnazari.com  
Primera edición, mayo 2014  
Edición a cargo de Editorial Nazarí  
Colección Partal  
© De la ilustración de la portada: Joaquín Rincón Romero  
Maquetación: Paolo Remorini  
Diseño de cubierta: Carlos Reinoso Cobo  
Ilustración de la portada: Joaquín Rincón Romero  
Depósito legal: GR 589-2014  
ISBN: 978-84-942465-3-1  
Impresión: masquelibros digital  
Impreso en España — Printed in Spain

A Miguel de Cervantes Saavedra,  
*in memoriam*

*Caminante, el peregrino  
Cervantes aquí se encierra:  
su cuerpo cubre la tierra,  
no su nombre, que es divino.  
En fin, hizo su camino,  
pero su fama no es muerta,  
ni sus obras, prenda cierta  
de que pudo a la partida,  
donde está a la eterna vida  
ir la cara descubierta.*  
Francisco de Urbina

# I

Muy de mañana partió la flotilla con las goletas del puerto de Nápoles en un mes desabrido del año mil quinientos setenta y cinco. Las gaviotas con sus alas abiertas de par en par acompañaron la salida del estuario durante un trecho hasta que el arco solar comenzó a alumbrar por Oriente con su aureola dorada. La planicie de la mar azul les traía a la memoria a muchos de los marineros embarcados las dulces llanuras de Castilla de espesos trigales y los odoríferos vinos de La Mancha. Miguel salió a la cubierta de El Sol y desde el pique de proa respiró profundamente el salino aire mientras trataba de palpase el brazo que ya no existía. Y, aunque el ánimo era triste por la pérdida del preciado bien, rogó al cielo azul que le hiciera llevar las tristezas del ánimo buenamente, pensando que las desdichas del cuerpo pueden ser un bien con el alcance de las del alma. Y agradeció al cielo su vida porque era la ventaja que sobre los muertos le había dado Nuestro Señor.

Llegó la voz del capitán Gaspar Pedro de Villena, que ordenaba a algunos marineros izar las velas en el palo de mesana, mientras la alegría por la vuelta inundaba los rostros muy de buen grado. La travesía por las aguas del Mare Nostrum era apacible y la quilla del buque hendía la dulce llanura de la mar, aunque a medida que avanzaban las horas la preciosura del día se iba progresivamente tornando en noche a causa de unos nubarrones que comenzaron a aparecer por occidente traídos por el viento que comenzó a elevarse con un estertóreo rugido, un fuerte viento que encumbraba con furor la pesada mar de resaca. Las aguas levantaron vorágines, lucharon entre sí los vientos y la nao crujió en los goznes. Pasaban las olas por encima de la cubierta impidiéndoles ver el cielo y en la toldilla salpicaban espumas de sucio fulgor. Más de uno pidió compasión al cielo y creyó que el repentino cambio del paraíso al infierno de la tormenta era mal augurio.

—Los piadosos cielos serán benévolos —dijo el capitán de la goleta.

Nuestro gallardo hidalgo, hecho a los peligros del veterano soldado y a ver la sangre y el rugir de las balas, permanecía un tanto ajeno al brillo de la tormenta y pensaba en la madre, en el padre y en las hermanas Andrea, Luisa y Magdalena a las que desde su salida urgente de Madrid por el asunto del tal Sigura no veía, iba ya para seis años. Había escrito algunas cartas pero en los últimos tiempos no conocía nueva alguna. Y, aunque tenía cerca las sinrazones de la fortuna en su brazo inmolado, había otras venturas que el cielo estaba presto a concederle.

Llevaba unas horas la tormenta y había logrado confraternizar con el capitán de Villena, magnánimo y gastador, soldado en los años de juventud, que conoció como él la escuela de la soldadesca donde el mezquino se hace franco y el franco pródigo.

—Hará cercanos ya los veinte años que salí de casa de mi padre. Me embarqué en Alicante hacia Génova, luego pasé a Flandes con el gran Duque de Alba y de regreso de nuevo a Venecia me enrolé hacia Chipre, que había sido tomada por el Gran Turco.

El capitán de Villena siguió el relato de sus venturas y desventuras con la preparación de la flota del serenísimo don Juan de Austria, hermano natural de nuestro buen rey don Felipe, que era de la opinión común de la mayoría sobre el poder invencible de la flota otomana: “Pero, a pesar de la victoria, el destino quiso que fuera cautivo por mis pecados de antaño porque Dios siempre quiere que tengamos verdugos que nos castiguen. Fue uno de los crueles hijos del cosario Barbarroja el que hizo honor a su crueldad embistiendo la

galera mientras el capitán ordenaba bogar apriesa desde el estanterol. Andaba al remo sin esperanza, de no tenerla por rescate alguno como cautivo a la espera. Entonces conocí a un tal Antonio de Hernández, natural de Arcos, un lugar de Andalucía, soldado ilustrado de mucho conocimiento que igual componía décimas que sonetos. Muy versado en la gracia particular del verso y autor de la sin par *Sagrada Forma*. Pero los días eran látigos del diablo en manos de los infieles que cada día ahorcaban a un cristiano por ese afán de homicidas que perseguían los otomanos”.

Al fin gente de rescate pudo pagar el suyo y volvió a Venecia no sin antes despedirse con un fraternal abrazo del tan Hernández, del que entonces ya nadie le trajo noticia alguna. Pero como vio que ya era suficiente tanto hablar, le preguntó al que llamaban capitán sin serlo, el Cervantes Saavedra, sobre su llegada a Milán.

Muy atento había permanecido nuestro hidalgo cuando comenzó a recordar un día triste de tiempo gélido en que salió de Madrid huido, después de que por Real Provisión de 15 de septiembre del año de gracia de 1569 se le condenara en rebeldía y con vergüenza pública a que le fuere cortada la mano derecha y a un destierro por diez años. No había cumplido los veintidós y la mala ventura comenzaba a dilatarle más la pena. El mandato del rey había sido muy claro: “Que cualquiera que sacare cuchillo o espada en la nuestra corte, para reñir o pelear con otro, que le corten la mano por ello”. Y también el ordenamiento penaba con destierro de hasta diez años a quien hiriere a un alguacil. Pero Sigura, el malhadado, no lo fue, sino maestro de obras y lenguaraz. Un tal Juan de Medina había sido mandado para que con vara de justicia buscase en la ciudad de Sevilla y en otras partes al tal Miguel de Cervantes, ausente, sobre razón de haber dado ciertas heridas en la corte a Antonio Sigura, y el alguacil Medina debía prender el cuerpo del dicho Cervantes, y preso, con los bienes que tuviere, y a buen recaudo había de llevarlo a la cárcel madrileña, donde los alcaldes de Casa y Corte proveerían lo que fuere justicia. Las habladurías contaban que el tal Sigura pretendió prender al joven Cervantes con pretexto de que había faltado a un hidalgo y, no lográndolo, intentó matarlo con un horroroso hierro ardiendo.

El capitán de Villena permanecía muy atento a aquella historia de rigores y miserias mientras las continuas y procelosas ondas golpeaban con su profundo abismo contra los leños que formaban la goleta. Se mesó la barba mi amigo Saavedra con la única mano que todavía le quedaba enarbolada y, rico de memoria aunque pobre de dineros, enhebró una historia novelesca que a buen seguro haría las delicias de extraños.

“Son dimes y diretes”, dijo, “las historias que cuentan por acá y acullá, amigo de Villena, y si me presta un momento, ahora que la tormenta se acerca a la otra ribera y los sobresaltos de las furiosas olas impulsadas por el viento ábrego golpean sin piedad y nos tienen ocultos, he de contarle la verdadera historia del suceso que me trajo la desgracia durante algunos años. Nunca falté a un hidalgo, pero sí tuve el honor de evitar mancillar a una dama. Se llamaba Irlanda.

”Entre las muchas visitas a las ermitas de Baco, la contemplación del murmullo de las fuentes, la serenidad de los cielos y las lecturas y escritura que me proponía con buen criterio mi maestro don Juan López de Hoyos, colmaba mi tiempo. Siempre dije que soy aficionado a leer aunque sean los papeles rotos de las calles. Pero entre todo ello, fue la agudeza y el donaire de Irlanda la que llenó estos días aciagos de la mocedad. La encontré en un antro donde el hampa y sus pícaros, tullidos falsos, cicateruelos, lucios y famélicos, se disfrazaban del vicio y robaban a la muerte el arnés. Apenas hube llegado al lugar, que llamaban posada cuando fuera cueva, entré en la que denominan de El Trinque y vi a una moza que más parecía candelabro que vela, por la luz que irradiaba. Su rostro bien podía

llenar de luminarias los cuadros del divino Rafael. Quedé atónito de su hermosura, pero la moza, a la que no le faltaba lengua, viendo mi sobresalto, me dijo:

—¿Por ventura vuestra merced desea tomar una jarra?

—Vuestros ojos si pudiera —dije con sobresalto y no con poca turbación.

—No se bebe lo que mira al cielo —me respondió sin aspavientos.

—Dichoso el cielo que tal ventura acoge, porque ‘Amor su imperio en justa paz mantiene./ Y con esta opinión y un duro lazo,/ acelerando el miserable plazo/ a que me han conducido sus desdenes/ ofreceré a los vientos cuerpo y alma,/ sin lauro o palma de futuros bienes’ —repliqué embobado y suspenso ante la dulzura de su infinito.

—Bien veo que vuestra merced es letrado —repuso.

—De versos lleno, de almas y corazones, porque sólo la hermosura blasona y es servida como debe con la suavidad de las palabras y la honestidad más alta de los sentimientos — dije al fin cuando la turbación ante su hermosura iba llegando al límite de mi deseo enfebrecido.

”Pero la llegada de un amigo Antonio, los músicos con sus chirimías y las zarabandas y seguidillas interrumpieron el apetito enamorado y el hambre de amor. Al salir de la cueva, ya bóveda celeste, me santigué con devoción como solo ante Nuestra Señora se puede hacer. Y supe entonces que el deseo oscuro es la esperanza del que ama, y la esperanza me llevó a ella como el río lleva al mar.

”Los sobresaltos del piélagos levantado habían quedado arrinconados ante la historia de Miguel, que fue acogida también por su hermano Rodrigo, llegado en ese momento. Ya la había oído en alguna ocasión, y le plugo, aunque siempre resultaba una bendición oírlo, pero nunca se llegó a saber si era uno más de los sucesos a las que el hermano era aficionado. Rogó de Villena que continuara y así lo hizo de buen grado.

”El tiempo me dijo que no era ni lerda ni necia sino astuta y despabilada, y te adormilaba con labia y discreción, parabienes que aún encendían más su hermosura. Me tenía suspenso con su ingenio y natural saber, con su gracejo y su sonrisa que de parte a parte llenaban la mañana. ¿Qué puedo enumerar cuando es el corazón el que habla?

”A medida que pasaban los días mi amor se espigaba como la mies y conocí que un tal Antonio de Sigura seguía sus pasos por El Trínque y que le había solicitado de amores, pero ella con buen criterio se había negado. El tal Sigura, que debió de sentirse despechado por mi presencia, arrinconó su inquina contra el que os habla y como no podía dar con la gloria en sus ojos dio con el infierno de sus pesadumbres. Ni promesas ni dádivas que le hizo llegar sirvieron para enderezar el entuerto que le había arribado como un túmulo. Durante un tiempo miró de lejos nuestra ventura y quizá supo que el cielo me había dispuesto para quererla, que mi deseo se ajustaba al suyo como el remo al agua. En estos trances Satanás siempre anda suelto y es amigo de envidias y celos reñidos, al punto que solo la inquina y la espera del momento adecuado puede romperlo todo. Así que un día que la fortuna distaba lejos, quiso el infierno que se llegara con una comandita a una hora incierta acosándome y acusándome de no sé qué necedades. Por vida mía que bien sabía lo que bien daba, pero no quise permanecer ajeno al guante que lanzó y la edad y la hombría pudo más que lo que debiera ser el entendimiento. Perdí el color y el sentido cuando insultó su condición de

mujer, y aunque quise sosegar el pecho ante semejantes desmanes —me precio de ser un caballero, aunque pobre—, sus desconsideradas palabras fueron más allá de lo que la consideración proclama. Y diciendo y haciendo, le di dos cuchilladas muy bien dadas, con las que le turbé tanto que no supo bien lo que le había sobrevenido. Intentó en su desagravio y provecho pedir ayuda de la comandita que nos contemplaba, pero impedí la ofensa con la espada desnuda dando muestras de un floreado estilo aprendido en mil y una contiendas de aficionados. Pasándosele el primer entuerto puso mano a su espada y yo quedo con la espada desnuda esperándolo. Procuró vengar su injuria con un tajo lejano que apenas si me rozó, lanzándole un envite que lo dejó maltrecho mientras enhebraba la carrera por los alrededores. Unos caballeros asistieron al herido y los otros, viendo que el calumniador sufría la herida, salieron en mi persecución, no con acierto pues mis piernas volaron como un Ícaro cualquiera por arrabales inciertos hasta perderme en las oscuridades de las callejuelas tenebrosas”.